

# Suscitar la profecía

*Paolo Monaco, s.j.*

*Ya en 1969 el entonces cardenal Ratzinger hablaba de una profunda crisis de la cual la Iglesia saldría disminuida en grandeza, poder y números, pero más espiritual y enraizada en su verdadera esencia. Palabras que se muestran proféticas y que anuncian un nuevo florecer más allá de la oscuridad de la crisis actual.*

**T**UVE ocasión de vivir en la Plaza de San Pedro el último ángelus de Benedicto XVI. Su gesto me parecía que hacía evidente, físico, el momento de crisis que estamos viviendo. El público recibió la decisión de su renuncia con serenidad, intensidad, profundidad y respeto, a la espera de algo nuevo.

Me pregunto cuál puede ser el valor positivo de esta crisis, su éxito final, y me ayuda un artículo que reproduce algunas consideraciones de Ratzinger, que ya en 1969, concluyendo un ciclo de conferencias radiofónicas, lanza una mirada (profética) sobre el futuro de la Iglesia, especialmente en el mundo occidental:

*«De la crisis de hoy surgirá mañana una Iglesia que habrá perdido mucho. Se hará pequeña, tendrá que empezar todo desde el principio. Ya no podrá llenar muchos de los edificios construidos en una coyuntura más favorable. Perderá adeptos, y con ellos muchos de sus privi-*

*legios en la sociedad. [...] La hará pobre, la convertirá en una Iglesia de los pequeños. [...] El proceso será largo y laborioso [...], pero cuando este proceso de discernimiento haya terminado, surgirá, de una Iglesia interiorizada y simplificada, una gran fuerza, porque los seres humanos serán indeciblemente solitarios en un mundo plenamente planificado. Experimentarán, cuando Dios haya desaparecido totalmente para ellos, su absoluta y horrible pobreza. Y entonces descubrirán la pequeña comunidad de los creyentes como algo totalmente nuevo, como una esperanza importante para ellos, como una respuesta que siempre han buscado a tientas. [...] A mí me parece seguro que a la Iglesia le aguardan tiempos muy difíciles. Su verdadera crisis apenas ha comenzado todavía. Hay que contar con fuertes sacudidas. Pero yo estoy también totalmente seguro de lo que permanecerá al final: no la Iglesia del culto político [Church of the political cult] [...] que ya fracasó, sino la Iglesia de la fe. Ciertamente ya no será nunca más*

*la fuerza dominante en la sociedad en la medida en que lo era hasta hace poco tiempo, pero florecerá de nuevo y se hará visible a los seres humanos como la patria que les da vida y esperanza más allá de la muerte»<sup>1</sup>.*

Una Iglesia más pobre, comunidades eclesiales reducidas por el número de creyentes, donde la vida cristiana se vive más intensamente y radicalmente. Una Iglesia dirigida a lo esencial del cristianismo y a su vocación de profecía de la presencia de Dios en la humanidad.

A la vista de todos está la miopía de aquellos que en el post-Concilio se dedicaron a ver el futuro: sabían que llegarían estos tiempos, pero siguieron construyendo grandes obras, buscando privilegios, suscribiendo acuerdos con políticos y mafiosos, forzando en una vida inhumana generaciones de consagrados y consagradas. Para mantener riqueza, poder y honor: los tres elementos constitutivos de la soberbia, dirá Ignacio<sup>2</sup>.

Hay que tomar esta crisis como nuestra “cruz de cada día” y así, desde esta posición “crucificada”, poder engendrar desde dentro una palabra, un grito que ofrecer a la humanidad.

Es evidente la tentativa de hacer inútil la renovación iniciada por el Concilio Vaticano II, manteniendo viva la imagen sacra y piramidal de la Iglesia; el rechazo práctico, y a menudo también teórico, de la eclesiológia de comunión y de la espiritualidad de comunión; la resistencia a proponerlas como principios educativos «*en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano, donde se educan los ministros del altar, las personas consagradas y los agentes pastorales, donde se construyen las familias y las comunidades*»

(NMI 43), para hallar nuevos caminos y nuevas estructuras de formación.

Un ejemplo: Una religiosa, de acuerdo con su director espiritual, pide a la superiora el poder hacer los ejercicios espirituales anuales, dejándose acompañar de la experiencia de un movimiento eclesial. La superiora responde negativamente, porque de otro modo tendría que decir que sí a todas las otras religiosas que le pidieran hacer una experiencia semejante.

¿Debemos defendernos de la crisis o acoger su profunda apelación? La crisis es una etapa del camino que la experiencia cristiana está haciendo para madurar en una palabra significativa, comunicable y comprensible para el mundo de hoy. Hay que tomar esta crisis como nuestra “cruz de cada día” y así, desde esta posición “crucificada”, poder engendrar desde dentro una palabra, un grito que ofrecer a la humanidad. Aquí radica, me parece, la vocación profética de la Iglesia.

Los acontecimientos de la cuaresma de 2013, inolvidables, con la renuncia de Benedicto XVI y la elección del papa Francisco, ¿son el inicio de la realización de esta profecía? Yo lo espero. Y lo creo, porque sé que la humanidad en Jesús abandonado y resucitado es amada por siempre con un amor infinito.

<sup>1</sup> J. Ratzinger, *Fe y futuro*, Desclée de Brouwer, Bilbao 2007, 106 págs.

Hace poco más de cuarenta años y casi una década antes de ser nombrado obispo por Pablo VI, el entonces sacerdote y profesor de teología en Tübinga y luego Ratisbona, Dr. Joseph Ratzinger, emitía una serie de charlas en un programa radiofónico de su país. La editorial Kösel-Verlag de München las reunió en 1970 publicando con ellas un libro de cinco capítulos titulado *Glaube und Zukunft*, traducido al año siguiente al español como *Fe y futuro* y reeditado más recientemente por Desclée de Brouwer.

<sup>2</sup> Cf. Ignacio de Loyola, *Ejercicios espirituales*, nn. 136-147.